

Barbara A. TENENBAUM, *The Politics of Penury. Debts and Texas in Mexico, 1821-1856*. Albuquerque, N.M., University of New Mexico Press, 1986, 250 pp., bibl., cuadros, índice analítico.

Como indica el título, la obra que es objeto de esta breve reseña trata de las deudas e impuestos en México en la época de “la anarquía”, como la llama *México a través de los siglos*. Las deudas (en plural) son principalmente deudas públicas pero se habla también de las deudas privadas. La autora venía estudiando este tema aproximadamente desde hace diez años, lo que se puede deducir de la fecha de publicación de sus artículos. La bibliografía es impresionante tanto por el número de las fuentes impresas como manuscritas, no sólo las existentes en México sino en los Estados Unidos, sobre todo las de la Colección Latinoamericana de la Universidad de Texas en Austin.

Si bien, a juzgar por el título, se trata de un estudio de la historia fiscal y financiera —la que está muy bien ilustrada en los numerosos cuadros estadísticos cuidadosamente escogidos—, el libro es mucho más: es igualmente un estudio histórico de los hombres de finanzas que prestaban fondos a los gobiernos mexicanos, los agiotistas tan impopulares en su tiempo. Estos prestamistas eran tanto extranjeros —españoles, británicos, franceses y alemanes— como mexicanos, algunos de los cuales eran hombres nuevos y otros descendientes de los miembros del antiguo Consulado y unos cuantos de la aristocracia virreinal. La autora describe cómo el agiotaje —préstamos al gobierno con elevado interés (el interés era proporcional al riesgo)— comenzó a fines de 1827 después de que México suspendió por primera vez los pagos de su deuda exterior; y se convirtió en un sistema dominante en 1834 cuando el secretario de Hacienda, Garay, veracruzano amigo de Santa Anna y socio de Manuel Escandón, fue el primer prestamista que ocupó este puesto oficial. Así se inició la era de Santa Anna.

Los prestamistas no formaban un grupo homogéneo. La autora describe los diferentes “clanes” y sus alianzas mercantiles y personales; estas últimas se reforzaban con frecuencia con un matrimonio, incluso con familiares de prestamistas extranjeros. Tampoco los prestamistas fueron siempre los mismos durante el periodo de treinta años (1827-1856) descrito en este libro. Entre los no muy numerosos hombres que perduraron todo o casi todo este periodo, lo sobrevivieron y al mismo tiempo aumentaron su fortuna, se pueden mencionar en esta breve reseña a Manuel Escandón, quien

debió su riqueza en parte a su estrecha asociación con Santa Anna, Gregorio Mier y Terán, un español convertido en mexicano de hecho, y el mexicano Cayetano Rubio (quien en mi opinión merece una monografía). Otros, entre los cuales figuran sobre todo los extranjeros como los británicos Montgomery & Nicod y Manning & MacKintosh y el alemán Drusina, a mediados del siglo no pudieron pagar sus deudas y terminaron en quiebra. De las ruinas de la firma Montgomery & Nicod surgió la casa Jecker & Torre, famosa después por sus bonos emitidos para prestar a Zuloaga.

Los prestamistas financiaron a Santa Anna en 1853 y 1854 pero lo abandonaron al año siguiente. En 1855 los más previsores de ellos se alinearon detrás del gobierno de la Reforma. A principios de 1856 los mismos hombres mencionados arriba, Cayetano Rubio, Gregorio Mier y Terán y Manuel Escandón junto con Jecker & Torre y M. Lizardi (el de los bonos fraudulentos de la deuda exterior), salvaron al gobierno liberal con préstamos que hicieron posible que Comonfort armara un ejército y derrotara a la sublevación conservadora del poblano Antonio Haro y Tamariz, a quien ellos habían negado su apoyo. Algunos participaron después en la compra de los bienes eclesiásticos. Pero esto ya fue después de 1856. Otros hombres de finanzas muy conocidos en aquel entonces por sus préstamos a Santa Anna como Martínez del Río, Barrón e Iturbe tomaron en 1856 el rumbo conservador y no aparecen como acreedores del gobierno de la Reforma.

La autora ha sabido seguir no sólo la marcha de los gobiernos mexicanos durante los 30 años en que dominó el agiotaje sino también la historia o biografía de los prestamistas individuales.

Entre los pocos errores advertidos por mí en el libro está la afirmación (p. 121) de que Lucas Alamán, en su famosa carta dirigida a Santa Anna a fines de marzo de 1853, le recomendó que en vez de pedir dinero a la Iglesia, lo consiguiera mediante ventas de territorio a los Estados Unidos. Si bien Alamán afirmó en dicha carta su creencia en la integridad de los bienes eclesiásticos, la recomendación de que Santa Anna vendiera más tierras al país vecino no está en la carta.

Me parece también que algunas afirmaciones no son muy exactas. Así, en la página 144 se puede leer que Álvarez (en 1855) "seleccionó un gabinete de coalición, que incluía liberales radicales y moderados". Si no me equivoco, Melchor Ocampo, Benito Juárez, Ponciano Arriaga, Guillermo Prieto y Miguel Lerdo de Tejada eran liberales radicales. El único liberal moderado en el gabinete era el general Comonfort. Pero esto son cosas menores.

Es interesante la conclusión de la obra y con ella termino esta reseña: “Aunque México no cumplió con las esperanzas de Von Humboldt y otros de que se volviera una gran nación después de la independencia, sobrevivió a sus dificultades y resurgió más pequeño pero con su soberanía intacta. Los prestamistas de dinero contribuyeron considerablemente a sostener a la República Mexicana durante sus comienzos tormentosos. . .”

Jan BAZANT
El Colegio de México